

momento, y es aquí donde se hallan los pasajes más clarificadores del libro: don Rodrigo, flamante marqués de Siete Iglesias y conde de la Oliva, no dejó nunca de ser considerado un advenedizo petulante, hijo de un simple capitán de los tercios de Flandes. Además, se había casado con una dama, Inés de Vargas, que era señora de vasallos, algo por encima de los méritos de su linaje. La obsesiva búsqueda de un matrimonio encumbrado para sus hijos, que le permitiera entroncar con la nobleza titulada castellana, se reveló como su fracaso más doloroso y letal: sin el apoyo de parientes de la vieja aristocracia, se convirtió en la presa más fácil de atacar entre los favorecidos por el duque de Lerma. Como el propio Calderón reconocía muy gráficamente, pretendía «buscar a mi hijo parientes, pues sin ellos (...) nadie es nada en Castilla, ni en ninguna parte del mundo tampoco» (pág. 227).

De este modo, el libro concluye con la decadencia del linaje Calderón y su

confinamiento entre la baja nobleza extremeña, en páginas que cierran el discurso circular de la obra y que transmiten la esencia del *exemplum* barroco de la vanidad de la gloria mundana sin caer en sentimentalismos ni moralina. Con todo ello, no solo resulta una obra científica de gran nivel, sino una historia fácilmente accesible para el lector curioso, que puede conocer las fortunas y desventuras de don Rodrigo sin caer abrumado ni aburrido. En ello ayuda asimismo la cuidada edición y buen repertorio fotográfico de la obra, en la que hay que señalar, no obstante, dos erratas: en 1621 el papa era Gregorio XV y no Gregorio XIII (pág. 289), y el confesor real fray Luis de Aliaga era dominico, no jesuita (pág. 335). La venialidad de estas faltas, más que ningún elogio, pueden dar buen testimonio de la calidad y solvencia de esta biografía, que confiamos anime un poco más un género que en España empieza a gozar de un excelente nivel que sería deseable se acrecentase.

—Rubén González

Universidad Autónoma de Madrid
ruben.gonzalez@uam.es

GONZÁLEZ DE LEÓN, Fernando: *The Road to Rocroi. Class, Culture and Command in the Spanish Army of Flanders (1567-1659)*. Leiden-Boston, Brill, 2009, 406 págs., ISBN: 978-90-04-17082-7.

Hace ya algunos años, el historiador británico Michael Howard argumentaba que se deberían buscar las raíces de la victoria y de la derrota lejos del campo de batalla, acudiendo al análisis de los factores políticos, sociales y económicos

que nos descubrirían por qué están constituidos los ejércitos como lo están y no de otro modo, y por qué sus jefes los conducen como lo hacen y no de otra manera. En sus palabras, se echaba en falta el análisis de un cuarto factor: el

cultural. Los ejércitos se organizan de determinadas maneras y sus oficiales los dirigen de forma diligente o ineficaz a causa, también, de su formación.

El excelente trabajo del profesor Fernando González de León, se propone explicarnos la génesis del alto mando del ejército de Flandes, formación que, como todos sabemos, marcó notablemente la pauta de lo militar en la Europa de su tiempo, y cómo fue posible que tamaño logro se perdiese en el transcurso de la llamada Guerra de los Ochenta Años. Sin duda, se trata de un largo camino el recorrido, si bien el autor nos conduce perfectamente por él, no solo merced al notable esfuerzo realizado en cuanto a la exhumación de fondos de archivo, sino también a la lectura de las fuentes impresas necesarias para realizar una investigación —la obra parte de una tesis doctoral leída en la Johns Hopkins University en 1992— de una notable entidad, pionera en su momento, y que, de hecho, todavía lo es hoy en día.

La obra, perfectamente estructurada, se divide en tres partes: los años de la llamada «escuela» del duque de Alba y los primeros intentos de reforma del cuerpo de oficiales del ejército de Flandes entre 1567 y 1621; la política reformista del conde-duque de Olivares con la intención de re-dotarse de oficiales de calidad dada la «falta de cabezas» de la que adolecía el ejército —y no solo el de Flandes podríamos añadir—, entre 1621 y 1643; por último, el tremendo choque que significó la derrota de Rocroi —con un análisis inteligentísimo de la batalla— y el legado de las reformas de Olivares durante los años finales de la Guerra de los Ochenta Años y del conflicto iniciado contra Francia en 1635 y finiquitado en 1659.

Una de las problemáticas más fértiles dentro de la tratadística militar hispana de los siglos XVI y XVII fue la discusión por imponer el mérito como principal argumento de promoción de los individuos en el seno de la milicia. Sin duda, como demuestra González de León, el principal impulsor de dicha idea, que se transformó en todo un anhelo en los momentos de crisis, fue el duque de Alba y su programa, o sistema, de formación y entrenamiento para oficiales y tropas en Flandes; método, por cierto, de amplias repercusiones en el pensamiento militar de los que serían sus enemigos ya que, lógicamente, serían ellos quienes lo sufriesen en primera persona en el campo de batalla. En realidad, el mejor laboratorio posible donde demostrar la solvencia de una nueva forma de entender la guerra (desde la óptica del alto mando). Y si bien el duque de Alba pudo manifestar a Felipe II, al ver los voluntarios de la nobleza que lo acompañaban a los Países Bajos, que «gente de esta cualidad es la que da la victoria en las facciones y con la que el general pone en la gente la disciplina que conviene, y en nuestra nación ninguna cosa importa tanto como introducir caballeros y gente de bien en la infantería y no dejalla toda en poder de labradores y lacayos» —citado en G. Parker, *El ejército de Flandes y el camino español*, Madrid, 1986, pág. 77—, lo cierto es que Alba, como defiende González de León, buscó la promoción del «buen» soldado, del profesional, sin importarle su extracción social (pág. 64). Otra cuestión es que, también, el duque cuidase de su clientela. Y Felipe II le siguió en ello, de suerte que los sucesores de Alba, Requesens y don Juan de Austria, mantuvieron la meri-

tocracia como principal argumento para las promociones y los nombramientos de oficiales. El ciclo se cerraría a comienzos de la década de 1580 —y sobre todo en la década siguiente—, durante los años de gobierno del duque de Parma, cuando Felipe II insistió en incrementar la presencia de la nobleza en las filas del ejército; una solución, en realidad, para otra problemática: el mantenimiento de parte de las tropas, que recaería directamente sobre el bolsillo de los anteriores. Así, se llegaron a instaurar dos vías distintas para la promoción de los individuos, una propia de la nobleza, que requería mucho menos tiempo de experiencia bélica, y la de los plebeyos. De esa forma, el impulso inicial, en el que numerosos hijos de la nobleza —en aquellos años, por ejemplo, el duque de Pastrana, el de Osuna, los marqueses del Vasto y el de Pescara, y los hijos del duque de Alba— servían como soldados, bajo las órdenes de oficiales plebeyos, pero de experiencia, se perdió. Y la tragedia, como apunta González de León, es que dicha situación sucedería en el momento en el que a la experiencia se le debía sumar la ciencia, es decir, los nuevos conocimientos, más sofisticados, como los que necesitaba un arma como la artillería (pág. 76). Ello sin contar con que los enemigos de la monarquía, y en especial los rebeldes de los Países Bajos, comenzaron pronto a aprender a hacer la guerra desde nuevos presupuestos. Habían tenido la mejor escuela y, por su interés, el mayor empeño en aprender.

Desde finales del Quinientos e inicios del Seiscientos, la nobleza no solo fue cada vez más reacia a formarse en el arte de la guerra, sobre todo en artillería, sino que fue promocionada a cam-

bio de su fidelidad a puestos cada vez más elevados en el seno de la milicia, desde los cuales consiguieron que sus acólitos medraran con facilidad y, al fin y al cabo, vivieran de los salarios que pagaba el ejército. En muy pocos años, el ejemplo de la llamada escuela de Alba, que el duque intentó, incluso, que perdurase acudiendo a la imprenta —el magnífico capítulo cuarto de la primera parte—, se perdió. Por otro lado, el auge de un nuevo modelo de caballería en las filas del ejército de Flandes permitió que la nobleza encontrase un medio más apropiado para demostrar sus capacidades bélicas.

Al mismo tiempo, desde la llegada al gobierno de los Países Bajos del duque de Parma y del archiduque Alberto, la preeminencia absoluta de los españoles en el alto mando del ejército de Flandes concluyó, de modo que las transacciones y pactos realizados entre las naciones española, italiana y flamenca para ocupar los diversos cargos fue moneda común, aunque alcanzaron el agrado de pocos y sí la crítica de casi todos, en especial los pocos veteranos supervivientes de la época de Alba, Requesens y don Juan de Austria —hubiera sido pedir demasiado, quizá, que se hubiese producido un resultado diferente—.

Otra consecuencia, hasta cierto punto, de la pérdida del modelo, o escuela, militar del duque de Alba fue la necesidad de volver a dotar al ejército de Flandes de una mayor y más rígida disciplina. El azote de los motines, más bien causados por las solidaridades internas dentro de cada agrupación militar en momentos de dificultades y en los que los propios oficiales tuvieron un papel preponderante, hubo de ser controlado a partir del establecimiento de

la justicia de los letrados, instaurándose a partir de la década de 1580 un nuevo sistema de justicia militar basado en los auditores de cada arma y la creación del cargo de superintendente de la justicia militar en 1594.

A partir de la década de 1620, el conde-duque de Olivares buscaría desesperadamente mejorar la capacitación de la nobleza para adecuarla a las nuevas formas de hacer la guerra en la Europa de su tiempo; el ideal no podía ser otro que recuperar el modelo militar de la época del duque de Alba, pero, insiste González de León, incorporando a la nobleza. El problema era doble: «falta de cabezas» en el ejército y, al mismo tiempo, la inapetencia de la aristocracia por la formación para la guerra. Así, sin un claro interés de la nobleza por la ciencia militar, era muy difícil crear nuevos líderes que volviesen a dar lustre a las armas hispanas. Olivares creyó en las reformas militares, en buena medida gracias a la literatura que sobre el buen oficial se había producido en las décadas previas, y en mejorar la formación de los mismos, de suerte que llegó a instaurar algunos seminarios militares, pero fracasaron; por ello, no tuvo más remedio que creer en las capacidades innatas de la nobleza para la conducción de la guerra. En el fondo, para Olivares el problema siempre fue más bien de liderazgo, es decir, radicó en la falta de liderazgo, en lugar de pensar en mejorar o volver a levantar toda una estructura, de ahí que sus reformas fuesen muy limitadas y, al final, fracasasen. Además, González de León ha detectado otra situación: la presencia de la aristocracia en el alto mando del ejército de Flandes, sobre todo a partir de la década de 1630, no solo no significó

una acentuación de la calidad del mismo, salvo alguna excepción, sino que, más bien, terminó significando un aumento del coste salarial del alto mando, que se cuadruplicó entre 1607 y 1647 (pág. 180). La apuesta por aristocratizar el alto mando del ejército de Flandes resultó vana y, lo peor, a partir de finales de la década de 1630 comenzaron a menudear las críticas en el sentido de que la falta de conocimiento y la inexperiencia entre la alta oficialidad eran la causa principal de las derrotas.

Por otro lado, cabría hablar asimismo del incremento de la complejidad de la estructura del alto mando del ejército de Flandes, ya que Olivares careció, precisamente, de una idea coherente sobre cómo (re)estructurarlo. Así, las reformas impulsadas por el Conde-Duque, pero sujetas a sus prejuicios de clase, fracasaron porque no solo no recuperaron buenas «cabezas» para el alto mando incorporando a la aristocracia, y favoreciendo su *cursus honorum* en el seno del ejército, sino que tampoco permitieron que las buenas «cabezas» existentes, los líderes con cualidades militares demostradas, sobre todo, gracias a la larga experiencia, pudiesen acceder a los más altos cargos militares, o no con la facilidad necesaria. Como decíamos, González de León nos señala cómo la complejidad de la estructura militar del ejército de Flandes fue aumentando —se pasó de 3.420 oficiales en 1622 a nada menos que 13.007 en 1643— mientras su efectividad en el campo de batalla fue disminuyendo a medio y largo plazo, sobre todo en unos años, desde la guerra de Mantua en adelante (1628-1631), en los que la guerra frente a holandeses, franceses y sus aliados en Alemania cada vez sería más difícil de ganar al tener que luchar en

dos frentes. Lo más irónico del caso es que disponiendo Olivares de las opiniones de reconocidos expertos, como Lelio Brancaccio o don Carlos Coloma, no hiciera uso de las mismas (pág. 243). González de León demuestra, asimismo, cómo la obsesión del Conde-Duque por premiar a algunos oficiales simplemente por su origen nacional ibérico, y no por sus cualidades marciales, además de la relajación en el sistema judicial, apartándose de la tradición instaurada, precisamente, por el ejército de Flandes en Europa, solo podía conducir a la derrota.

De manera brillante, el autor utiliza la famosa batalla de Rocroi como momento cumbre en el que quedó patente y, por lo tanto, quedaban demostrados, todos los problemas de liderazgo —y todos los errores cometidos— de los que adoleció el ejército de Flandes. Hubo incompetencia del capitán general, Melo; falta de información veraz sobre los movimientos del enemigo; inexperiencia del alto mando, en especial, de españoles y portugueses, que se traduciría, además, en rivalidades nacionales en el seno del ejército; un de-

fectuoso orden de batalla que los oficiales franceses supieron aprovechar; indisciplina por parte de los propios oficiales, en especial de la caballería. Así, para González de León, Rocroi abrió realmente las puertas para toda una sucesión de pérdidas territoriales en los Países Bajos hispanos a manos de Francia, situación que duraría hasta 1648, cuando la derrota en Lens certificaría la definitiva aniquilación del ejército de Flandes como fuerza de combate efectiva. Lo más trágico, quizá, de todo este asunto es que la derrota apenas sirvió, ni siquiera, para reflexionar sobre el por qué de la misma y, como explica González de León en la tercera parte de su obra, más breve, los males de los que adolecía el ejército de Flandes permanecieron irreductibles hasta la derrota final a manos de Francia en 1659.

En definitiva, tras la estela de obras como las G. Parker, J. Israel, I. A. A. Thompson y, más recientemente, la de Alicia Esteban Estríngana, por fin el trabajo que reseñamos puede incorporarse al elenco de excelentes trabajos sobre el ejército de Flandes.

Antonio Espino López

Universitat Autònoma de Barcelona

Antonio.Espino@uab.cat

MARTÍNEZ SHAW, Carlos y ALFONSO MOLA, Marina (coords.): **España en el comercio marítimo internacional (siglos XVII-XIX). Quince estudios**. Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), 2009, 549 págs., ISBN: 978-84-362-5572-0.

Este conjunto de trabajos de investigación, de diferentes estilos, niveles y temáticas, divulgan los resultados de un

equipo dedicado al estudio de diversos aspectos relacionados con el amplio y aún fructífero ámbito del comercio es-